

## Sentido y división del tratado dogmático de la Trinidad divina

1. La Teología dogmática no habla de Dios como lo hacen la *Ciencia de las Religiones* y la *Metafísica*. Estas ciencias nos ofrecen unos conocimientos adquiridos mediante el esfuerzo de la razón humana; para expresarnos en palabras de Pascal, declaraciones sobre el «Dios de las Filosofías». La Dogmática, por el contrario, trata de exponer la automanifestación del Dios vivo, aparecida en el semblante de Cristo, Palabra personal divina encarnada en naturaleza humana (*II Cor.* 4, 6), Palabra hecha audible en la Anunciación misma de Cristo. Por consiguiente, nos conduce a un lugar situado más allá de las fronteras del conocimiento netamente humano acerca de Dios. Al mismo tiempo, esclarece y fundamenta el conocimiento natural que podemos adquirir en torno a Dios (véase, por ejemplo, B. Schuler, *Die Gotteslehre als Grundwissenschaft oder Theitische Metaphysik*, 1942).

Los *Santos Padres* han expresado frecuentemente y con toda claridad la distinción que media entre conocimiento natural y sobrenatural de Dios. San Ireneo de Lión escribe lo siguiente (*Contra las Herejías*, IV, 20, 4; BKR II, págs. 385 y sigs.): «Ninguna de las criaturas que Dios ha hecho le conoce en toda su grandeza. Nadie de entre los antiguos, que ya han muerto, y ninguno de entre los que ahora viven han escudriñado su majestad. Pero en su amor El conoce aquél por medio del cual ha hecho todo lo que es, es decir, su Palabra, nuestro Señor Jesucristo, que en los últimos tiempos se ha hecho hombre entre los hombres, para unir el *fin* con el principio, al hombre con Dios... a fin de que el hombre pueda comprender el Espíritu de Dios y entrar en la gloria del Padre.» San Clemente de Roma recuerda a los de Corinto el don del conocimiento del Dios vivo, don debido a Cristo. «Mediante él vemos las alturas del cielo, mediante él conocemos como en un espejo el semblante sublime y hermoso del Padre, mediante él han sido abiertos los ojos de nuestro corazón, mediante él se abre para recibir la luz nuestro entendimiento ignorante y oscuro, mediante él

el Señor ha querido que gustásemos del saber inmortal» (36, 2; BKV, 46). En Cristo hemos sido sacados de las tinieblas a la luz, de la ignorancia al conocimiento de la gloria del Nombre divino. Es conveniente, pues, que demos gracias a Dios, el cual nos ha otorgado este llamamiento, a fin de que, como sigue diciendo San Clemente en estilo de oración, «esperemos en tu Nombre, el cual ha dado comienzo en toda la Creación, puesto que has abierto los ojos de nuestro corazón, para que podamos conocerte a Ti, el único supremo en las alturas, a Ti, que humillas el orgullo de los presuntuosos, que haces fracasar los proyectos de los paganos, que elevas a los humildes y humillas a los grandes, que haces a unos ricos y otros pobres, que matas, salvas y resucitas; a Ti único bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne, que ves las profundidades del infierno, que contemplas las obras de los hombres, auxilio en el peligro, salvador en las horas de desesperación, creador y guarda de todo espíritu; a Ti que has creado numerosos pueblos sobre la tierra y entre todos has elegido aquellos que te aman mediante Jesucristo, tu hijo dilecto, por medio del cual nos has educado, santificado y honrado» (59, 2 y sigs.; BKV, 65; véase M. Rothenhäusler, *Freude und Dank ob der Cotteserkennntnis*, en *Festschrift Abt B. Mollitor*, «Benediktinische Monnasschrift», 1936, cuaderno 9-10, páginas 14-24). San Basilio declara (*De Spiritu Sancto*, cap. 18; PG 32, 154 B): «El camino del conocimiento de Dios va desde el Espíritu único a través del Hijo único hasta el Padre único». San Juan Damasceno (*Oratio* 3, n. 18; pág. 94, 1340 B): «Por medio del Espíritu Santo conocemos a Cristo. Por medio de Cristo vemos al Padre». En su así llamado Memorial, del año 1654, llama al Dios que conocemos mediante la Revelación sobrenatural «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob». A diferencia de lo que sucede con el Dios de los filósofos y sabios, le encontramos sólo por los caminos señalados en el Evangelio. La fe en él otorga a los hombres prosperidad, certidumbre, alegría y paz. (R. Guardini, *Christliches Bewusstsein. Versuche über Pascal*, 1935, pág. 47). Pascal puntualiza éstos: «Sólo mediante Jesucristo conocemos a Dios. Sin este mediador queda excluída toda comunicación con el Dios (vivo); mediante Cristo conocemos a Dios. Todos los que han pretendido conocer y demostrar a Dios sin Cristo, sólo han aducido argumentos impotentes (Fragmento 547; Guardini, 165). «El Dios de los cristianos es meramente un Dios que ha creado la verdad geométrica (es decir, matemática y simplemente lógica) y el orden de los elementos (es decir, el ser absoluto, que puede ser deducido reflexionando sobre las cosas)... No es meramente un Dios que ejerce funciones providenciales sobre la vida y los bienes de los hombres, para asegurar una vida feliz a aquellos que le adoran... Sino que es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. El Dios de los cristianos es un Dios del amor y del consuelo. Es un Dios que llena las almas y los corazones de aquellos a quienes posee. Es un Dios que les hace sentir su miseria interna y (al mismo tiempo) su propia misericordia infinita; que se une con lo profundo de sus almas; que les llena de humildad, alegría, confianza y amor; que les hace incapaces de buscar otra meta cualquiera que no sea él mismo» (Fragmento 556, Guardini 164 y sigs.; véase la trad. de Wasmuth, 256).

2. La Revelación de Dios en la Antigua Alianza, testimoniada por los libros del Antiguo Testamento, no dispone de valor autónomo en lo concerniente a la doctrina dogmática sobre Dios; antes bien, ha de ser considerada y valorada como una automanifestación divina que a lo largo de períodos históricos prepara con claridad creciente el anuncio de Cristo. Como vemos en la Introducción, los Santos Padres afirman con frecuencia que el Antiguo Testamento habla de Cristo por medio de imágenes y símbolos. La Teología dogmática, cuando trata de interpretar y exponer el Evangelio de Cristo dentro del margen marcado por el competente Magisterio de la Iglesia, marcha por el camino que, no sólo la Escritura, sino también la Liturgia, manda seguir a todos los que quieren llegar hasta el Padre.

3. En las exposiciones dogmáticas relativas a Dios no deben eliminarse los conocimientos histórico-religiosos, filosófico-religiosos y metafísicos que el espíritu humano, valiéndose de sus propias fuerzas, haya obtenido o pueda en lo sucesivo obtener. Tales conocimientos ayudan a una comprensión más perfecta y profunda de las automanifestaciones divinas sobrenaturales, iniciadas ya en el Antiguo Testamento y consumadas en Cristo. En ellas escucha el hombre lo que Dios dice de Sí mismo en la Naturaleza, en la Historia, en cada una de las cosas y en la totalidad de ellas, o en cada uno de los hombres y los pueblos; es decir, en la obra de la Creación. A veces la voz de Dios será queda, a veces alta; unas, como poderosos y desbordados torrentes, otras, como silenciosos y estrechos arroyuelos. Es cierto que Cristo no habló formalmente de esta auto-revelación divina, manifestada en la Creación, ni del conocimiento de Dios que ella facilita; pero Cristo lo presupuso. De ahí resulta que para llegar a comprender plenamente lo que El nos enseña acerca de Dios, es necesario tener en cuenta la Revelación y los conocimientos naturales sobre Dios. De no proceder así, la idea que de Dios se nos presenta quedaría incompleta; más aún, no se podría presentar ni comprender la plenitud interna y la trascendencia de la Revelación divina comunicada por Cristo, ni la claridad y fuerzas sobrehumanas de esa Revelación.

Por tanto, incluir nuestros conocimientos naturales sobre Dios tiene capital importancia desde tres puntos de vista:

a) Para la depuración de la idea de Dios tal y como nos la ofrece Cristo en oposición a la idea de Dios que la razón humana



puede obtener valiéndose de sus propios esfuerzos. La superioridad de la idea de Dios dentro del Cristianismo resalta con mayor claridad cuando se la compara con el conocimiento que de Dios pueda obtener la mera Filosofía y que con tanta frecuencia se presentó bajo forma de mito.

b) Para adquirir una *idea de Dios lo más completa posible*. Lo que Cristo nos revela, mediante el conocimiento natural de Dios, se incorpora a la totalidad de la idea de Dios que el *hombre puede lograr*.

c) Para *comprender mejor* lo que Cristo nos ha revelado sobre Dios. La idea de Dios cristiana se completa al incluir en ella el conocimiento natural de Dios, con todo lo que ha descubierto la razón humana a lo largo de la Historia y con aquellos conocimientos a los que el mito ha dado forma. Así aparece con mayor luminosidad y trascendencia la Revelación cristiana. Pongamos un ejemplo: las enseñanzas de que Dios es Amor, el Salvador, el Santo, adquieren tanta mayor importancia cuanto mejor conozcamos que este Dios anunciado así por Cristo es idéntico al Dios definido por la Filosofía como fundamento del mundo, Ser absoluto, Verdad y Bondad plenas, Pensar puro, Voluntad absoluta, perfecta Hermosura, Ser perfecto, Valor de todo valor.

4. *Lo mismo que la Revelación natural de Dios*, la Revelación sobrenatural no presenta tampoco ninguna doctrina sistemática y lógicamente ordenada; antes bien, Dios se revela actuando en la historia del hombre y tratando de realizar su Reinado en el mundo por medio del pueblo que El eligió. La Sagrada Escritura da testimonio de que la actividad de Dios crea la realidad histórica y describe el desenvolvimiento histórico de esta actividad redentora de Dios. Por eso la Escritura no da testimonio de Dios notificando a los hombres *que existe* el Ser divino, sino describiendo la actuación divina en la Historia humana. De ello resulta que en la Sagrada Escritura conocemos *más bien las operaciones divinas que al mismo Ser divino*. Pero mediante el obrar se puede llegar al ser. Al experimentar la actividad redentora de Dios, podremos llegar a conocer *quién* sea Dios. Dios es tal y como se revela en Cristo y en las automanifestaciones pre-cristianas que prepararon la venida de Cristo. En las figuras, en las palabras y en las obras de Cristo descubrimos la esencia y las intenciones de Dios (Fr. Leist, *Zengnis des lebendigen Gottes*, 1948).

La Teología dogmática—a diferencia de la Exégesis—se esfuerza por descubrir de una manera sistemática la esencia personal de Dios, teniendo más bien en cuenta esa esencia tal y como se manifiesta en el obrar y ateniéndose estrictamente a la interpretación de fórmulas con que el Magisterio eclesiástico nos presenta la Revelación de Dios en Cristo. Es cierto, sin embargo, que nunca se debe olvidar que sólo conocemos el Ser y la Esencia de Dios tal y como se manifiesta a través de la actividad divina. Lo que directamente encontramos en el testimonio de la autorrevelación de Dios—la Sagrada Escritura—es su actividad redentora y, por lo general, sólo conoceremos indirectamente el Ser mismo de Dios. Por consiguiente, la Dogmática debe dejarse influir siempre por la Palabra revelada viva, tanto en lo que se refiere al contenido, como a la forma de sus enseñanzas y tener siempre presente lo que narra esa palabra y la obra redentora a la que esa Palabra sirve de instrumento. Aunque en primer término dirija su atención a la realidad de Dios, tal como es en Sí misma, nunca debe considerar esa realidad como algo separado de la actividad, de la obra redentora. El Dios que ella describe no es el Dios tal como sea en sí mismo, sino el Dios *amante y operante* de nuestra bienaventuranza. Al tener siempre presente la actividad de Dios, queda la Teología resguardada de los peligros que supondría el convertirse en una especie de Metafísica de lo sobrenatural.

5. Es necesario, ante todo, que la exposición de la automanifestación divina revelada en Cristo no olvide jamás de que el Dios Verdadero y vivo es *uno y trino*. A veces la Revelación sobrenatural se limita a eliminar errores o inseguridades que el conocimiento natural puede tener acerca de Dios; pero su verdadera trascendencia radica en ofrecer un tipo de conocimientos de Dios que sobrepasan esencialmente las posibilidades de la fuerza natural de nuestra razón. El elemento más importante del nuevo mensaje anunciado por Cristo lo constituye la enseñanza siguiente: Dios es *uno y trino*.

En la Revelación de Dios que antecede a la venida de Cristo, en lucha continuamente contra los numerosos mitos del medio ambiente bíblico, se llegó a tener la convicción de que Dios era uno. Cristo nos reveló, además, que ese Dios uno es trino; la esencia divina única existe bajo la forma de tres personas. En lo concerniente a la justa comprensión de la Trinidad, es preciso tener bien en cuenta que la Unidad esencial de Dios y la Trinidad personal no

deben ser consideradas a manera de dos estratos separados que pudieran ir juntos o que se hallen el uno al lado del otro o éste encima de aquél; antes al contrario, el Dios *uno* es *trino* y las tres Personas divinas son un solo Dios.

Para hacer resaltar con claridad este estado de cosas, aun exteriormente, y combatir de antemano—por medio de la clasificación externa—de la manera más eficaz posible la tentación de considerar la Trinidad de Personas como un complemento casual de unidades esenciales, hay que dejar de lado en su rigidez la división ya tradicional de este tratado en una parte sobre Dios Uno y otra sobre Dios Trino y, siguiendo las huellas de San Agustín, mostrar la realidad esencialmente una de Dios, aunque varia en sus relaciones recíprocas dentro de una misma exposición. Es posible que así se quiebre algo aquella estructuración cerrada que, partiendo de un mismo punto, llega a las últimas conclusiones de una manera directa. Pero de esta manera se evita el peligro de que lo que en la realidad se da unido, quede separado en demasía en el pensamiento. La desventaja de nuestro modo de proceder no es tanta si pensamos que además de la sistemática al estilo de Aristóteles, tenemos otra, la de San Agustín y de San Buenaventura. San Agustín es incapaz de seguir en línea recta hasta el fin el camino de su pensamiento. Continuamente se detiene y se para a considerar nuevos aspectos, para ir tras de ellos, si le sirven para llegar a Dios.

Para él Dios no es aquella lejanía, a la que con penoso esfuerzo se llega, sino el centro, al que todos los caminos nos conducen. Desde siempre nuevas perspectivas, consideradas como puntos de círculo, o mejor aún como puntos de una espiral, se mueve el hombre hacia Dios.

Estas reflexiones exigen, para la exposición ordenada de la Revelación sobrenatural de Dios, la siguiente clasificación:

- I. La Automanifestación de Dios trino con respecto a su facticidad (esencia de Dios).
- II. La Automanifestación de Dios trino con respecto a su ser personal (trinidad de Personas).
- III. La Automanifestación de Dios trino con respecto a la plenitud de su vida.